



13

LAS NACIONES-CLASE NATIVAS Y OPRIMIDAS

La concepción constitucional de Bolivia como Estado unitario, expresión política de una nación única, aunque multirracial no pasa de ser una ficción jurídica.

La despótica dictadura feudal-burguesa, primero, y ahora burguesa al servicio del imperialismo, no han podido encubrir totalmente la opresión que la minoría blancoide ejercida sobre un amplio espectro de nacionalidades nativas.

Lo que ahora es Bolivia y otros países formados alrededor de la cordillera de los Andes, ha sido siempre escenario de las luchas, fusiones y rupturas entre diversas nacionalidades, unas veces oprimidas y otras opresoras.

El desarrollo de las nacionalidades -su profunda diferenciación social- y su estructuración política en grandes Estados soberanos, todo bajo el imperio de la burguesía revolucionaria, solamente puede servirnos de referencia y no de modelo que mecánicamente debemos aplicar a la realidad boliviana, tan peculiar por múltiples razones.

Queremos decir que en el seno de las nacionalidades nativas no ha tenido lugar una profunda diferenciación social. Entre aymaras, quechuas, tupiguaraníes, etc, no se constata la presencia de burguesía, proletariado o de la amplia gama de la clase media. De una manera general, toda la masa campesina produce su vida social de la misma manera y en medio de la miseria extrema niveladora.

Hay uniformidad en la participación de los campesinos en el proceso de la producción. Producen por cuenta propia con las manos y con medios rudimentarios, lo que se traduce en miseria, en supeditación a la tierra. Las nacionalidades nativas son una herencia del pesado precapitalista y muestran rasgos diferentes a la nación burguesa, siendo uno de los más notables la falta de diferenciación social.

Por la forma en que los componentes de esas nacionalidades concurren en proceso de la producción, que es uniforme, única, para todos ellos, cobra relevancia el rasgo de clase única. Por eso hablamos de nación-clase. No existe la menor duda de la presencia de los rasgos de nación en las masas campesinas, que ocupan la misma superficie territorial, tienen comunidad cultural, lingüística, religiosa, etc.

El hecho de que el rasero de la miseria extrema uniforme a aymaras, quechuas, etc., es consecuencia del fenómeno señalado más arriba.

Es claro que la cuestión de la tierra resume -no es la única- los problemas de las nacionalidades nativas y se convierte en capital para Bolivia, Para ellas no aparece como tarea de impostergable materialización el estructurar el gran Estado nacional -virtualmente no existe- sino la urgencia de conquistar la posesión de toda la tierra labrantía.

Sería incorrecto plantear el problema campesino como sindical exclusivamente, esto porque existiendo la opresión nacional -con evidencia indiscutible- corresponde formular el derecho a la autodeterminación que tiene que entenderse como el derecho a que cada nación se estructure como Estado independiente.

Si tomamos en cuenta que el no resuelto problema de la tierra es el fundamental del país, sin cuya solución no puede pensarse en el desarrollo de las fuerzas productivas, se tiene que concluir que la lucha por su posesión, será el camino que conduzca a la superación de la opresión nacional.

Los reformistas pequeñoburgueses proponen dos soluciones equivocadas -dos formas de encubrir la opresión nacional-: la ley de nacionalidades y la limitada defensa cultural.

No se trata de que la ley reconozca la existencia de nacionalidades y comunidades indígenas, que los "congresos de ayllus" sean legalizados, sino de que las naciones nativas impongan con el alzamiento su derecho a la autodeterminación.

Tampoco se resuelve el problema con la preservación de la cultura nativa únicamente. La lucha contra el imperialismo aconseja oponer esa cultura, independientemente de sus bondades y características, a la que impone la metrópoli foránea opresora y explotadora, pero limitar la cuestión a esto significa encubrir la opresión nacional.

La autodeterminación nacional forma parte del programa de la revolución proletaria, pues la dictadura de la clase obrera no puede levantarse sobre la opresión de las nacionalidades.

Cuando hablamos de la opresión de las naciones nativas no nos limitamos a la colonia y a la república, sino que tomamos en cuenta lo que sucedía durante el incario y antes. Se puede decir que la historia y la leyenda se confunden al relatar las interminables luchas de las nacionalidades oprimidas contra sus opresores.

Lo que cuenta es la llegada de los españoles al continente americano y la colonización que impusieron y no la precisión de quién descubrió estas tierras. España encarnaba el retraso con relación a los otros países europeos, pero se movió bajo el impulso de la burguesía en ascenso.

Para los colonizadores, América y sus habitantes se convirtieron en motivos de opresión y saqueo. La espada y la cruz se hermanaron para someter a la servidumbre y la esclavitud a los pueblos aborígenes, para sojuzgar a las nacionalidades, para saquear el oro y la plata que encontraron. La explotación económica se trocó en opresión política.

Las masas aborígenes y los españoles nacidos en América -aunque por diferentes motivaciones- lucharon contra sus opresores y contra quiénes les cerraban el camino hacia el uso del aparato estatal para beneficiarse.

Cinco siglos de opresión y vergüenza no pudieron llegar a su término, pese a todos los sacrificios de los pobladores. Las conmociones de corte burgués no pudieron acabar, con tanta vergüenza.

Ni las luchas liberadoras protagonizadas por los indios, ni las guerras de la independencia, de la revolución federal, de 1952, fueron suficientes para acabar con la opresión.

Los objetivos de estas batallas y el problema de la opresión nacional, pasan a manos del proletariado y adquieren insospechadas proyecciones, las socialistas. No solamente se pondrá término a la opresión de las nacionalidades sino a toda forma de opresión de clase. Estamos hablando de la revolución proletaria y del gobierno obrero-campesino, una verdadera dictadura del proletariado.